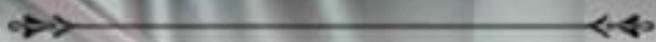




Una dama
EN APUROS



MARTA BEZARES

William Monroe decide dejar atrás una vida que no le satisface. Renuncia a ser duque y a su entrenamiento como caballero a cambio de ser libre de elegir su destino. Una mujer herida en el camino despierta su instinto de protección y, cuando ella recobra el conocimiento y descubre que no recuerda quién es, la acoge en su casa. Día a día, va descubriendo emociones nuevas que afianzan su decisión de dejar atrás su pasado. Solo le interesa su futuro junto a ella. Pero, cuando ella recupere la memoria, ¿podrán seguir juntos? ¿Puede ser el destino tan cruel como para hacerle conocer a la mujer de su vida y luego quitársela?



a ti,
primera persona a la que quiero contarle mis alegrías,
me haces llorar, reír,
me sacas una sonrisa en mis peores días,
me crees en mí cuando yo dudo.
me siempre me respondes lo mismo cuando te digo:
I love you.

I

Nuestro padre ha vuelto. ¿Estás seguro de que vas a seguir adelante con esto?

William Monroe miró a su hermano y asintió con la cabeza, intentando parecer convencido.

—¿Y tú estás seguro de que no quieres unirme a mí en la petición?

Ian sonrió.

—Mi futura mujer me hará conde, no tengo ninguna intención de renunciar a ella. Tú, como primogénito, siempre has sabido que serías duque, pero Rob y yo tenemos que asegurarnos el futuro.

—Un título no da estabilidad.

—Un título te acerca al favor real. Lo único que hay que hacer es no perderlo.

—Un rey no es más que un hombre con demasiado poder y eso lo convierte en caprichoso. Es fácil que te retire su favor.

—Esas palabras se consideran traición, hermano —la actitud despreocupada de Ian restaba importancia a sus palabras—. Que no te oiga Rob.

—Rob es demasiado joven.

—Y, aún así, está siendo mucho más adulto que tú en este tema.

—La decisión ya está tomada, no quiero hablar más de esto.

–Will, necesito saber qué te ha ocurrido. Nuestro padre acordó nuestros matrimonios hace 3 años. Es cierto que nunca te has molestado en conocer a tu futura esposa. Pero, hasta ahora, nunca habías hablado de romper el compromiso. ¿Has conocido a alguien?

–No, no es lo que estás pensando. El compromiso ha sido tan largo, que creo que llegué a albergar esperanzas de que nunca se celebraría. Pero ha llegado el momento, ha dejado de ser algo futuro. Nuestro padre y nuestros futuros suegros han decidido que los matrimonios se celebren en unos meses.

–¿Y qué? Al final esto iba a llegar, aunque rezases porque algo lo impidiera.

–Llevo toda la vida sabiendo cómo va a ser mi futuro, preparándome para ello. Rob y tú siempre habéis gozado de una libertad de la que yo carecía. Y ahora me tengo que casar con una mujer a la que no conozco de nada.

–Tampoco has hecho nada por conocerla.

–Rob tampoco.

–Rob es un crío.

–Acabas de decir que es más maduro que yo.

–¡Y lo es! –se pasó una mano por el pelo para calmarse al darse cuenta de que había levantado la voz. Will no se estaba portando de forma racional–. Rob no se ha molestado en conocer a su futura mujer porque aún es un niño y no le importan demasiado las mujeres. Tiene 17 años y ya hace 2 que es caballero. Ha puesto mucho empeño en su preparación y no ha tenido demasiado tiempo para nada más. Y tampoco le preocupa con quién tenga que casarse. Es solo un trámite para afianzarse con un título.

–¿Y si existiera?

lan miró a su hermano, confundido.

–¿Si existiera quién?

–El amor.

–¿El amor? –estaba atónito–. Will, ¿te has golpeado la cabeza recientemente?

El mayor sonrió al notar su preocupación.

–Estoy perfectamente. Pero últimamente no dejo de pensar en que, si me caso con la mujer elegida por nuestro padre, puede que pierda la oportunidad de conocer lo que se siente al estar enamorado.

–Dime que estás bromeando –Will negó con la cabeza sin dejar de sonreír–. No me creo que estemos teniendo esta conversación. ¿Por qué hablas de sentimientos? –lan parecía muy incómodo–. Los caballeros no pierden el tiempo con esas tonterías. El amor no existe.

–No puedes saber si existe o no si nunca te has enamorado.

–No conozco a nadie que se haya enamorado. El amor es un sentimiento de mujeres. ¿O tú has visto alguna vez un hombre enamorado?

Will siguió sonriendo, pero no dijo nada. Habían perdido a su madre cuando Rob tenía 7 años y lan apenas 12, por lo que los recuerdos de ambos de aquella época eran muy parciales. Pero él recordaba perfectamente las cenas en familia, la forma en la que se miraban sus padres. O el brillo en los ojos de su madre cuando les informaban de que su marido volvía de viaje. Después de su muerte, su padre cambió y se empezó a comportar como si no pudiera sentir, como si lo único importante fuera ser fuerte y capaz de aplastar a cualquiera. Pero, aunque nunca había hablado de ello con sus hijos, Will siempre había sabido que sus padres se casaron enamorados. Eso era lo que más le enfadaba. Su padre, que había sentido en sus propias carnes lo que era estar enamorado, tenía toda la intención de impedir que sus hijos pudieran enamorarse. Siempre había hecho lo que se esperaba de él como primogénito, como sucesor de su padre. Pero no estaba dispuesto a vivir con una mujer a la que no amaba, no quería hacer ese sacrificio.

–No creo que el amor sea exclusivo de las mujeres.

–Por tu bien espero que no uses ese argumento con nuestro padre, porque va a pensar que estás borracho y no te va a tomar en serio.

–Puede que ningún argumento le sirva.

–Will, por favor, piénsalo bien. Esta decisión va a cambiarte la vida y puede que no a mejor.

–No es un capricho, llevo mucho tiempo dándole vueltas. Es una decisión muy meditada –se levantó–. Voy a ver si puede dedicarme ahora un momento. No quiero aplazarlo más.

–Está bien, echa tu vida a perder. Si no te importa, me marcho fuera a entrenar un poco. Prefiero no estar por aquí cuando hables con él.

–Tranquilo, lo entiendo perfectamente.

Dio una palmada en la espalda a su hermano al pasar por su lado antes de salir del enorme salón. A pesar de que era cierto que lo había meditado mucho, aún no sabía cómo iba a enfocararlo. Y su padre se iba a poner furioso, de eso no le cabía la más mínima duda. Tal vez si le dejara descansar y hablara con él después de la cena... No, tenía que hacerlo cuanto antes para que su padre pudiera resolver el tema del compromiso. Si dejaba pasar más tiempo, al final las fuerzas le flaquearían y se encontraría casado con una mujer a la que no conocía.

Resuelto, avanzó rápido por las escaleras que subían hasta el segundo piso, donde su padre tenía su habitación, y llamó a la puerta. Oyó la voz de su padre, fuerte a través de la gruesa madera, permitiéndole el paso.

–Hola, padre.

–William, ¿ocurre algo? –su padre solo llevaba la camisa y las calzas y estaba bebiendo cerveza.

–Necesito hablarle.

–¿Ahora? Me están calentando el agua, necesito un buen baño caliente. El viaje ha sido duro y mis huesos ya no aguantan como antes.

Will observó las musculosas piernas de su padre. A pesar de su edad, mantenía una forma física envidiable. No descuidaba nunca sus ejercicios. A veces costaba recordar que se hacía mayor y empezaba a tener los achaques propios de su edad.

–Es importante.

–¿Y rápido?

–Me temo que no.

Su padre suspiró y le ofreció una copa.

–En ese caso, más vale que empieces.

Will sujetó la copa, sin beber de ella. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, buscando la forma de empezar.

–Es algo muy delicado y que entraña una decisión muy importante –su padre no dijo nada, pero apretó la mandíbula, tenso–. Ante todo quiero dejar claro que es algo que he pensado mucho, llevo tiempo dándole vueltas. No es una decisión tomada de forma inconsciente.

–Lo mejor es que seas directo, William.

–Padre, no voy a casarme con la mujer que ha elegido para mí.

Gavin no pareció sorprendido ante la declaración de su hijo.

–Supongo que hay un motivo para ello. O, quizá, otra dama.

–No hay otra mujer, no es por nadie, solo por mí.

–Si pretendes romper tu compromiso, espero que tengas una buena razón. Estoy deseando escucharla.

–Padre, lleva toda su vida preparándome para sucederle, para que sea el señor de estas tierras. He hecho todo lo que me ha ordenado, me gustara o no –dejó la copa, de la que no había bebido nada–. Y nunca me he quejado. Decidió que me formara aquí, con usted, mientras mis hermanos iban fuera, a casa de otros nobles. Y no me importó. He entrenado todos los días para estar a la altura de lo que esperaba de mí, he estudiado, no he tenido vida social... Y no me arrepiento, porque era importante para

usted y también para mí. Pero decidió que debía casarme con una mujer sin importar lo que yo quisiera.

–He elegido las mejores candidatas, tanto para ti como para tus hermanos. Lo he hecho por vuestro bien. Y tus hermanos conseguirán títulos gracias a ellas.

–¡Pero yo ya voy a ser duque! Casarme con ella no me va a aportar nada, al contrario que en el caso de mis hermanos.

–William, todo lo que hago es por vuestro bien. Tu suegro te dará una dote muy generosa y tu prometida tiene una buena propiedad que heredó de su abuelo materno.

–Me siento como si fuese mercancía, algo que vende para aumentar nuestro apellido.

–Me apena que lo veas así, pero no hay marcha atrás. He empeñado mi palabra.

–Padre, como ya he dicho, la decisión está tomada. No pienso casarme con ella.

–Creo que no entiendes la situación: eres mi hijo, mi primogénito, y mis compromisos son los tuyos. Les prometí al futuro duque de Bedford, y es lo que tendrán. Mi palabra es la tuya.

–Repúdieme.

Por primera vez, Gavin miró a su hijo sorprendido.

–¿Qué has dicho?

–Quiero que me repudie.

–No pienso hacer eso.

–Yo no me voy a casar.

–Creo que deberías pensar un poco la locura que estás diciendo.

–Lo he pensado mucho y estoy dispuesto a dejar esta casa si me obliga a seguir adelante con el matrimonio.

–Te he educado para ser mi sucesor –su padre parecía tranquilo–. ¿Cómo piensas ganarte la vida? Espero que no estés contando con las tierras que te legó tu madre. Si quieres que te repudie, te irás sin nada.

–Puedo trabajar.

–¿Haciendo qué?

–Cuidando caballos. Sabe que se me dan bien.

La rapidez en la respuesta de su hijo le demostró que era cierto que llevaba mucho tiempo pensándolo. Y no le sorprendió. Sus hijos eran reflexivos y no hacían nada en caliente. Era una buena cualidad en la lucha, pero tenía su parte negativa: una vez habían tomado una decisión, no cambiaban de idea. William se mantuvo en silencio y sabía que ahora le tocaba hablar a él. No quería perder a uno de sus hijos y, conociéndolo, sabía que antes o después se arrepentiría. Había nacido para sucederle. Tenía muchas cualidades que sus otros hijos no tenían. Ian era muy laxo con las normas, las obedecía cuando le convenían, al contrario que Robert, para el que todo era bueno o malo, correcto o incorrecto. En cambio, William respetaba las normas pero era suficientemente flexible como para entender que no siempre todo era blanco o negro, había millones de matices de gris, y comprendía la importancia de dejar explicarse a un hombre. Pero era, sobre todo, el apego que sentía por su hogar. La primera vez que Gavin se lo llevó a recorrer las tierras y le dijo que todo aquello sería suyo algún día, el niño abrió mucho los ojos, asombrado. Solía preguntar a su padre por la forma en la que los siervos trabajaban la tierra. En los viajes a las tierras de otros nobles, se interesaba por los procedimientos, por si podían hacer mejoras en sus propias tierras. Se aseguraba de que los molinos y fortificaciones estuvieran siempre en perfecto estado.

Y era, precisamente, ese apego el que podía ayudarle, si jugaba bien sus cartas. Si se enfadaba y lo expulsaba, William perdería el amor por su hogar.

–Me dejas en una situación muy comprometida –se sirvió más cerveza–. Va a ser desagradable faltar a mi palabra, pero está claro que no puedo obligarte a hacerte cargo de tus responsabilidades como hijo mío. Si tu deseo es

dejar todo de lado y marcharte, yo no te voy a impedir que lo hagas.

–Gracias por entenderlo, padre. Me marcharé cuanto antes.

–No tan rápido –Will se detuvo–. Creo que me he portado lo suficientemente bien contigo como para sentirme con derecho a pedirte un favor.

Will se puso rígido. Si le pedía que conociera antes a su prometida iba a negarse y eso podría enfurecer a su padre.

–¿De qué se trata?

Su padre se levantó y se acercó a la pequeña ventana, tomándose su tiempo para responder.

–Necesito reforzar las caballerizas y es cierto eso que has dicho de que tienes muy buena mano con los caballos –se giró hacia él–. Solo te pido que me des tiempo. Puedes vivir en la antigua cabaña del cabrero y, por hacerme el favor, no te cobraré alquiler. Y el dinero que te voy a pagar te ayudará cuando te vayas para empezar en otro sitio.

–Es una oferta muy generosa.

–Que espero que aceptes.

–Ahorrar algo me vendría bien.

–Puedes mudarte cuando quieras.

–Tal vez sea mejor que lo haga ahora, así la cena no será un momento incómodo.

–Hablaré con el administrador para avisarle de que, a partir de mañana, trabajarás en las caballerizas. Él se encargará de tu paga y Edward será tu responsable. Preséntate ante él mañana. Te mandaré luego a un sirviente con algo de comida para que no tengas que preocuparte de eso los dos primeros días.

–Gracias, pero me gustaría que me lo descontara de la paga.

–Hecho –su padre pareció dudar un momento, pero al final se limitó a extender la mano, que su hijo estrechó–. Lamento que hayas tomado esta decisión, no puedo ne-

garlo. Pero sigues siendo mi hijo. Tómate algo de tiempo por si cambias de idea.

–No cambiaré de idea.

Con semblante serio, Will salió de la habitación.

Gavin dio otro trago a su cerveza. Tenía que medir bien sus pasos para ganar la batalla a su hijo. Sonrió con ironía. Los había educado demasiado bien y ahora tenía que usar toda su capacidad de estrategia contra el mayor. De los 3, era el pequeño el que se podía equiparar a él en tácticas, pero no iba a meter a otro de sus hijos. Era entre William y él.

Se levantó despacio. Los viajes cada vez le cansaban más. Pero quería hablar con su administrador y darle instrucciones antes de la cena. Esta vez no podría descansar un poco para reponerse.



No había cogido demasiadas cosas. Ya no iba a necesitar muchas de ellas. Se limitó a la ropa más austera que tenía y las mudas. Iba a llevarse solo la espada que le había regalado su padre cuando consiguió sus espuelas de caballero. Cada uno de los hermanos había recibido una al ser nombrados caballeros. Era una tradición en la familia que seguía vigente. Nadie podía recordar ya qué antepasado la había iniciado. Lo cierto era que los varones recibían una copia exacta, hecha de acero español y, en el momento de su muerte, eran enterrados con ella. La única diferencia entre ellas era el nombre del propietario grabado en la base de la empuñadura. Las mujeres de la familia recibían un colgante en el mismo material con una espada igual en miniatura al cumplir los 13 años. Will no se veía capaz de dejar atrás algo tan importante. Desde pequeños, sus hermanos y él habían soñado con el momento de tener su espada. Aún recordaba con una sonrisa la cara fu-

riosa de Rob al ver que su padre le entregaba ya una al primogénito. Aquel día el pequeño redobló sus esfuerzos por convertirse en caballero.

Cogió el fardo que había hecho con sus cosas y echó un último vistazo a su alcoba. Ninguna de las habitaciones tenían lujos, pero eso no evitaba que fueran acogedoras. Sus hermanos solían reunirse en su habitación, después de la cena, y hablaban de sus inquietudes. Mejor dicho, hablaban lan y él, Rob escuchaba. Disfrutaba con las historias de sus hermanos mayores y les hacía un montón de preguntas. Excepto cuando lan hablaba de jóvenes nobles con las que había bailado. En esos casos el pequeño permanecía silencioso, casi ausente.

Iba a echar muchísimo de menos esa camaradería entre ellos.

Despacio, fue caminando por el que había sido su hogar hasta entonces, queriendo alargar un poco más su estancia allí. Saludó con la cabeza a los soldados y sirvientes con los que se cruzaba. Los 3 hermanos viajaban continuamente, por lo que nadie le prestó atención a su ligero equipaje. Probablemente su padre aprovecharía el momento de la cena para informar a todos de su nuevo estatus allí. Le iba a resultar extraño ir todos los días a trabajar y salir al atardecer, rumbo a su nuevo hogar. Se acabaron los entrenamientos, las partidas de caza, las órdenes del rey... Iba a ser libre, a cambio de perder su vida actual.

Aceleró el paso para no flaquear. Había tomado la decisión e iba a llevarla a cabo.

Desde la pequeña abertura en la pared de su sala privada, Gavin vio el paso resuelto con el que su hijo mayor abandonaba su hogar.

El golpe en la puerta le anunció la llegada de sus otros dos hijos. Se apartó de la ventana al tiempo que les ordenaba que entraran. La rigidez en los movimientos de lan dejaba claro que sabía algo.

–Tengo que hablar con vosotros –se sentó en su butaca detrás de la mesa de madera maciza. Sus hijos se mantuvieron en pie hasta que él les señaló las sillas frente a él.

–Si quiere puedo ir a buscar a William, padre.

–No, Robert. Se trata precisamente de William. Ha hablado conmigo sobre una decisión que ha tomado respecto a su futuro –calló un momento para observar las reacciones de sus hijos. Robert mostraba sorpresa, pero lan no podía estar más incómodo–. ¿Os había comentado algo a vosotros?

El pequeño negó con la cabeza pero lan asintió.

–Me dijo hace tiempo que no le gustaba la idea de casarse con una desconocida. No le di mayor importancia, no creí que por esa causa fuera a abandonar su hogar –desvió la vista para no mirar a su padre–. Hoy me ha dicho que iba a hablar con usted, que su decisión era firme y que no iba a demorarlo más.

Gavin asintió con la cabeza.

–Y eso ha hecho. Desde este mismo momento, ha dejado de tener sus privilegios de nacimiento. Su intención es que le repudie –el jadeo de asombro de Robert le sorprendió. Su hijo siempre enmascaraba sus emociones–. Sin embargo, voy a darle un tiempo para que pruebe esa nueva vida que tanto ansía antes de hacer algo tan drástico. Le he ofrecido trabajar en las caballerizas y se alojará en la cabaña del cabrero. Pero ahí se acaba todo. Ahora está aquí para servirnos, no como miembro de la familia –miró seriamente a ambos–. ¿He sido claro?

Sus hijos asintieron con la cabeza.

–¿Qué ocurrirá con el compromiso de Will?

–Si tu hermano no recapacita, tú te convertirás en mi heredero, como es lógico. El compromiso de William es el más importante, por lo que rompería tu compromiso y te casarías con ella. Lo que tendría que valorar es si Robert debería casarse con su prometida o con la tuya –hizo un